

REBROTANDO

(Hernán Ruiz)

Fue exactamente hace 2342 años. Broté en un barranco de esta sierra indomable a la que luego llamaron Alcarama. Vivía junto a otros arces, olmos y algún abedul. Los celtíberos nos consideraban parte de lo sagrado, como a los pastos que iban abriendo. Eran tiempos de ritos y en plena primavera un arce focalizaba la liturgia de fecundar la tierra rodeado de las sacerdotisas. Eran tiempos de armonía entre hombres y naturaleza. Los romanos la quebraron: para ellos no había nada sagrado, solo rentabilidad. Los descendientes de los pelendones romanizados mantuvieron el ritual, con un arce venerado por doncellas de la diosa Ceres, pero ya no era lo mismo. Ese impulso depredador había roto la magia. Se transformaron los ritos con visigodos, árabes, navarros, aragoneses y castellanos, acomodándolos a su respectiva religión. El de la fecundación y las sacerdotisas se mantuvo cristianizado; ahora los presbíteros bendecían a las mórvidas y al mozo del ramo (que era uno de mis retoños) y se acompañaba al santo en procesión primaveral. También me sentía a gusto en esta nueva llamada a la fecundación en la que la comunidad me engalanaba entre plegarias. Menos me gustó la ocurrencia -ya fue en época moderna- de meterme en una ventana del ayuntamiento: ¿cómo es posible que el símbolo de la inconmensurable naturaleza se encajone en un postigo tan angosto como la autoridad que representa? Pero así son los seres humanos, empecinados y contradictorios, también en sus liturgias. Hubo un suspiro de exilios en el que Sarnago se despobló y quebró del todo la armonía. Pero un día de agosto de no hace tanto tiempo renació la liturgia (con la maldita ventana incluida), y con ella el pacto con la vida del que era yo emblema.